
ANGEL RAMA

Hugo Achugar

Angel Rama es un maestro. Es un maestro y lo digo en presente porque los maestros no mueren. El accidente de Avianca en que Marta Traba y Angel Rama murieron no borra sus ideas. "Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra", dijo Martí.

Angel Rama —quiero hablar de Angel aún cuando Marta Traba merezca un homenaje independiente— fue un maestro para la gente de mi edad en el Uruguay de finales de los cincuenta y comienzo de los sesenta. Y no sólo eso; en esta parte del peregrinaje fuera de nuestro país he aprendido que también América Latina lo respetaba. Maestro en Montevideo, lo fue además en Puerto Rico, en Caracas, en México, en Maryland y en París.

Hace muchos años, en las aulas de la Facultad de Humanidades y Ciencias, escuchamos su lectura de Asturias. Entonces eran sus ideas sobre *El Alhajadito*, luego sus análisis de la cul-

tura uruguaya, sus observaciones sobre la "generación crítica", su magisterio en *Marcha*, su labor seminal sobre Darío y el modernismo, su aguda y penetrante labor de publicista y de crítico de ideas del proceso latinoamericano; no estoy siendo cronológico, el afecto no lo es y la cultura no nace de esquemas ordenados en los manuales escolares. Rama como Carlos Real de Azúa, como Carlos Quijano en otro nivel, son maestros. Quijano, por suerte, lo sigue siendo en su ejercicio del criterio y la independencia.

No voy a hablar de Angel Rama como hombre; su sonrisa queda para la memoria privada. Hoy quiero evocar y destacar su importancia cultural; eso es también el hombre. Rama es un cuerpo cultural, un trabajador de la cultura nacional y continental que supo animar *Marcha*, *Arca*, y también *Escritura* y la Biblioteca Ayacucho en Caracas y, por sobre todo, supo impulsar el trabajo de los jóvenes.



El desprendimiento, la lucidez y la atención intelectual estuvo presente en su acercamiento a los jóvenes. Apostaba a la juventud por su condición de maestro. Somos muchos los que, de un modo u otro, aprendimos a crecer gracias a su lucidez y a su entusiasmo. Y el somos, es necesario insistir, no incluye sólo a los uruguayos. Conozco sus alumnos caraqueños, argentinos, colombianos y norteamericanos. El rasgo que define su condición es 'a pasión. Se escribe y se enseña por pasión, decía.

No escribió obras de teatro y narraciones por ejercicio de la imaginación sino por pasión. No escribió sobre Arguedas, sobre los nuevos narradores latinoamericanos, sobre la tarea del intelectual exiliado, sobre literatura norteamericana ni sobre el desarrollo de la cultura latinoamericana por diversión o exigencia académica; lo hizo por pasión. Por pasión tomó posiciones no siempre compartibles y por pasión tomó el camino del magisterio. El pudo decir como el Gorgias de Rodó: "Por quien me venza con honor." Pasión y generosidad y latinoamericanismo y, sobre todo, fidelidad a un cuerpo de ideas que sabía más duradero que su envoltura material.

La pasión lo llevó a más de una polémica. Lo llevó también a conflictos con enanos intelectuales y con burócratas. Algunos de esos enanos intelectuales y de esos burócratas se sintieron molestos con sus escritos y con sus ideas. Enanos los hubo en Montevideo como en Caracas, burócratas especialmente en los Estados Unidos. Pero a fin de cuentas, enanos intelectuales y burócratas resultan términos intercambiables. Polemista por pasional, Angel Rama nunca rehuyó la discusión: era de los que creen que el silencio, en algunas ocasiones, ofende más a quien calla. No creía en los mitos que intentan manipular conciencias ni en los mitos que mienten la realidad sino en aquellos y sólo en aquellos que son fundamento de nuestra realidad cultural. La realidad con todo su contradictorio cargamento de monstruos y maravillas que Latinoamérica ofrece a diario.

Pasión en un intelectual es la entrega a un ideario y a una conducta con independencia del riesgo o del precio que por ello deba pagar.

Angel Rama comenzó desde muy joven su trabajo por la cultura. Recuerdo su emocionado y lúcido examen del significado de la labor de Susana Soca en Entregas de *La Licorne*. Recuerdo también su docencia en las páginas de *Marcha*, su ojo atento en descubrir nuevos valores en las letras latinoamericanas desde Arca y, por

supuesto, su docencia en el IAVA. Uno de sus alumnos contaba una vez cómo, entusiasmado con una tragedia de Esquilo, Angel recitaba o leía —poco importa— ciertos pasajes de especial encanto mientras, inconscientemente, se iba subiendo a la silla, primero, y luego al pupitre al intentar transmitir el intenso espíritu del trágico. La entrega al texto —con todo el espíritu teatral que un verdadero docente incorpora siempre— era en él total.

Su docencia, sin embargo, no fue sólo temperamento. Incluyó también el respeto y la admiración por nuestra América Latina. El respeto y la admiración de un lúcido. No trató de convencer a nadie de que América Latina fuera *summa* de todo saber y, al modo martiano, intentó incluir nuestra cultura en el tronco universal. Latinoamericanismo no era sinónimo de autoctonismo. Ser latinoamericano era una tarea histórica y social y suponía la exigencia de no permitarnos el facilismo y, mucho menos, el conformismo.

Era saber que la heterodoxia y la ortodoxia son formas del enigma latinoamericano. Era saber que no hay una Latinoamérica de quema, marimba y negro-pata-en-el-suelo sino una Latinoamérica varia, contradictoria y rica. La Biblioteca Ayacucho, como antes Arca, fue un modo de perfilar esa imagen del patrimonio cultural de nuestros países. Entender que junto a Simón Bolívar y a Neruda, Martí, la poesía



náhuatl, el pensamiento socialista, la poesía de la independencia, Huaman Poma de Ayala, Machado de Assis, Cortázar o Lezama no eran un exabrupto, sino el diseño de una herencia cultural, fue parte de su magisterio. Bernardo de Balbuena, los gauchipolíticos, Martí, Arguedas, Salvador Garmendia, Darío, la heterogeneidad cultural de nuestra América, el sistema cultural del siglo XIX fueron parte —apenas una parte— de sus preocupaciones. Creer que la cultura y la enseñanza, siempre y en todo momento, son algo más que una actividad profesional fue/ es su segura presencia en el futuro. Creía que “la belleza es una alegría para siempre” pero nunca la consideró un adorno para el contentamiento individual sino un modo del crecimiento y la madurez social de los pueblos.

Amaba su lengua y manejaba el castellano con brillo y con humor. Sus escritos como sus clases no padecieron del academicismo acartonado; sabía que el amor a la palabra y a la idea no implicaba la aridez. En 1980, durante un congreso de la Latin American Studies Association en Bloomington, Angel habló de la identidad de nuestros países. Recuerdo que fue entonces cuando al calor de la discusión y estimulado —la palabra resulta pobre— por el acento de su lengua natal habló sobre el hecho uno y doble a la vez de ser uruguayo y latinoamericano. La lengua, dijo, es nuestra raíz y nuestra fuerza. Ser uruguayo era una forma de ser latinoamericano. Ser latinoamericano era reconocerse en esa palabra cálida que alguien acababa de pronunciar. Decir o escuchar la palabra *boliche*, era recuperar el Uruguay de pronto y de un solo golpe. Decir *boliche* era sentir nuevamente, en las llanuras de Indiana, que uno podía emocionarse con la lengua materna y que ella era una forma de América Latina. La forma, decimos nosotros, que aprendimos con él y con Carlos Real de Azúa cuando éramos jóvenes y empezábamos a entender que nuestra América era algo más que una referencia geográfica.

Morir en un avión de Avianca rumbo a Colombia es signo de estos tiempos. Morir fuera de la patria chica rumbo a la patria grande que es nuestra América es signo de estos tiempos. Angel Rama fue coherente y consecuente con el tiempo que le tocó vivir. Ser consecuente fue, quizás, una de sus enseñanzas más permanentes.

noviembre 28 de 1983

era



Revista trimestral de
Ediciones Era

CUADERNOS POLITICOS 37

Un inédito de Marx ⊕ Michel Aglietta ▶

El capitalismo mundial en los ochenta

⊕ Carlos Monsiváis ▶ Crónica de Juchitán

⊕ Juan Carlos Tedesco ▶ Crítica al
reproductivismo educativo ⊕ Justa Ezpeleta y

Elsie Rockwell ▶ Escuela y clases subalternas

⊕ Evelynne Huber Stephens ▶ El gobierno
militar y la lucha de clases en Perú

PROBLEMAS DE MÉXICO

Nora Hamilton
**México: los límites
de la autonomía
del Estado**

SERIE POPULAR ERA

**Roger Burbach
y Patricia Flynn**

**Las agroindustrias
transnacionales:
Estados Unidos y
América Latina**

EDICIONES ERA
AVENA 102 09810 MÉXICO, D. F.

MÉXICO, D. F. ☎ 581 77 44
GUADALAJARA, JAL. ☎ 14 90 48
MONTERREY, N. L. ☎ 42 08 12